

El Virgilio imaginario

Alejandra Gómez Macchia

En este relato de aparente corte realista, Alejandra Gómez Macchia convierte una anécdota trágica en un viaje simbólico donde aparecen los fantasmas del amor primero.

Todo comenzó un lunes de octubre de 1998.

Llegando a la escuela pude ver una comitiva de rubias que lloraban desconsoladas cerca del salón donde Dante tomaba clases.

Aunque los habitantes de mi pueblo, por lo general, son prietos, chaparros y delgados, a la escuela asistía un grupo considerable de chipileños (descendientes de italianos asentados en Puebla) que eran la delicia visual de los demás compañeros.

Yo, malinchista natural, estaba perdidamente enamorada de Dante: un chico de Chipilo que era malo para el estudio, pero excelente para el ligue, las fiestas y el *volley*.

Alto, blanco como una servilleta china, cabello rizado hasta el hombro y labios generosamente rosados, Dante solía abusar de mi devoción por él, pues cada mañana yo era la encargada de invitarle el desayuno y una cajetilla de Alitas. Fumábamos secretamente bajo el árbol de hule que custodiaba el viejo y descuidado campo de fútbol del Instituto García de Cisneros.

Luego de que la chicharra nos obligaba a regresar a los salones, nos despedíamos cortantes. Él con un “gracias, te veo luego”, yo con un simple adiós.

Llegando a clase de historia, mis amigas se arremolinaban alrededor para preguntarme si al fin había rebasado la barrera del cotilleo ñoño. Yo contestaba que sí. Que Dante sabía desde hace mucho que me gustaba y por eso nos apartábamos de todos. Y guarecidos bajo el árbol, nos besábamos con ardor.

Mentira. Nunca tuve el valor de contarle la verdad (aunque era más que obvio que él la intuía).

Así pasaron tres años.

Yo adelgacé considerablemente por cederle mi dinero del lunch para su vicio, mientras él adoptaba un físico escultural gracias a la beca alimenticia que le ofrecía a cambio de su compañía. Lo malo era que a Dante le gustaban las muchachas de caderas rotundas y pechos enhiestos. Primer error...

Una semana antes de que me topara con la escena dramática de las rubias chillonas, el cura encargado de organizar la formación matutina, juntó a todo el alumnado para rezar y pedir por la salud del compañero que había tenido un accidente de moto ese fin de semana.

“Les pido a todos que se tomen de la mano y eleven una sentida oración para pedirle al Señor que nuestro compañero Dante se recupere pronto”.

Atónita por la noticia, esa mañana guardé en la mochila mi recalcitrante ateísmo y le recé a un dios cualquiera por la vida del hombre al que amaba en silencio.

Luego de la ceremonia, subí como pude hasta el tercer piso (donde se ubicaban los salones de tercero de preparatoria) y busqué a Miguel, el mejor amigo de Dante.

Destrozado por la pena me contó que la tarde anterior, un grupo de chipileños había ido a una fiesta en Atlixco y, como era de esperarse, todos bebieron sin control.

“Le insistí a Dante que nos quedáramos a dormir en casa del Borrego, pero se puso necio y decidió treparse a la moto de Luis (que también iba hasta la madre), y to-



maron carretera hacia Chipilo. Veinte minutos después, otro compa que iba en su carro detrás de ellos, regresó pálido a la casa del Borrego para avisarnos que Dante y Luis habían sido golpeados por una camioneta de redilas y salieron disparados hacia el libramiento. Los dos estaban inconscientes cuando llegó la ambulancia”.

A Miguel se le cortaba el aliento. Ojeroso y visiblemente crudo, agregó que Luis estaba fuera de peligro, mientras Dante luchaba por sobrevivir.

“La camioneta le pegó de lleno en la pierna y parece que se la tienen que amputar”.

Imposible. Nadie podría imaginar a nuestro atleta mutilado.

Le agradecí a Miguel la información y esa misma tarde fui al hospital a visitar a mi enfermo.

Iba decidida a levantarle el ánimo. Le llevé las galletas de abanico que tanto le gustaban, un arreglo de flores y un paquete de veinte cajetillas de Alitas para que fumara cuando saliera.

Dante me recibió sin mucha emoción.

Estaba acostado en una espantosa cama metálica de la época de la canica que se levantaba girando una manivela oxidada. Tenía la pierna derecha enyesada y sos-

tenida en lo alto por una lona atada con un par de cadenas. También estaba vendado del torso. Su semblante era más pálido que el papel arroz de los Alitas que fumábamos, y los ojos (que de por sí ostentaban ojeras perpetuas) estaban rodeados por un manchón violáceo que cubría como un velo la luminosidad de su mirada.

Parco como siempre, me dijo: “¿Cómo estás? Yo jodidísimo y a punto de que me cargue la chingada”.

No pude reír pese a su tono de voz irónico y agri-dulce. En cambio voltee a ver la habitación que estaba repleta de arreglos florales, e imprudentemente dije: “cuando salgas, y si no se han marchitado, por lo menos dígnate a regalarme un crisantemo”.

Dante me miró de soslayo y con la boca apretada contestó: “Para qué nos hacemos pendejos si este cuarto es la antesala de mi funeral. Sólo falta que las flores vengan en corona y ¡listo!, el muerto al pozo...”.

Tragué saliva hondo y no pude resistir tomarle la mano.

“Mira, pinche flaco, tú vas a salir muy pronto y estás obligado a recuperarte porque me debes algo. Tienes que andar conmigo, conocerme, darte cuenta que no soy un fantasma patrocinador de galletas. Debes aplicarte en las terapias para que vayamos a bailar. Yo sé bailar muy



© Francesca Woodman

bien, ¿sabías?, y quiero que me tomes de la cintura y me sigas el paso. Tú vas a salir de acá solamente porque quiero acostarme contigo, ¿necesitas más razones?”.

Dante soltó una dolorosa carcajada.

Tenía frente a él a la muchacha que había ignorado por años y, justamente en ese turbio momento, le ofrecía su cuerpo como si fuera un cigarrillo más de los que fumaban juntos en el campo de fut.

Cuando retomó fuerzas para hablar, maliciosamente me enterró la uña en la palma de la mano y me dijo: “acércate y dame un beso”.

Temblorosa, me levanté y le succioné los labios que estaban más secos que una hoja otoñal. Mi boca dejó de ser boca para convertirse en una ventosa, mientras mi mano derecha se deslizaba sobre la espantosa sábana azul que no pudo cubrir la brutal erección que le provocó mi ataque.

Tiernamente le acaricié el sexo y su mano fue a dar al interior de mi falda.

Nos tocamos varios minutos, hasta que una enfermera imprudente llegó a interrumpir la escena.

Yo me senté, tomé el paquete de cigarros y lo puse sobre mi regazo. Pero las tremendas chapas que habían

brotado en mis mejillas por la calentura y la sospechosa protuberancia que emergía de la sábana, eran la evidencia del asalto que había cometido.

Por un momento Dante recuperó el brillo y la alizarina en su boca.

La enfermera me indicó que la visita debía terminar.

Me levanté con la entrepierna y la mirada empapada, le guiñé el ojo a Dante y antes de cruzar la puerta le dije: “En eso quedamos, guapo”.

Y me fui.

Dante murió cuatro días después en la plancha del quirófano, justo cuando se había resignado a que le amputaran la pierna. El tiempo le había ganado a la indecisión.

A la hora de intervenir y hacer el corte, los médicos detectaron que la gangrena se había extendido a varios órganos vitales.

“Paro cardíaco por complicaciones en la operación, fue el dictamen”, dijo una de las chicas rubias que me topé llegando al colegio aquel lunes.

Por muchos años busqué a Dante en el rostro de otros chicos. Un día, sin mayores aspavientos, apareció en mi casa, donde papá tenía un bar campestre al que solían llegar todo tipo de hombres extravagantes.



Él, Gilberto, llegó montado en una bicicleta Raleigh azul y se sentó en la mesa frente a la barra que yo atendía. Pidió una Victoria helada y unos Alitas.

Era alto, de cabello rizado hasta los hombros, boca generosamente húmeda y roja, ojos claros rodeados por un par de sombras púrpuras, y el cuerpo de un atleta bajado del Olimpo.

Sin pensarlo dos veces me acerqué y le sonreí. Tímido, parco y despistado como Dante, Gilberto no captó mis insinuaciones.

Una guitarra colgada en la pared junto a las botellas de brandy vacías llamó su atención y fue cuando pude escuchar su voz. Era diferente a la del chipileño muerto. Más grave. Madura, musical.

Me pidió que descolgara el instrumento y con una habilidad impresionante lo afinó y comenzó a tocar *The Clap* de Steve Howe.

Al ver la presteza de sus dedos, recordé la mano de Dante bajo mi falda, así que terminando la melodía, cínicamente, me senté a su lado y comenzamos una charla inagotable sobre rock progresivo que culminó a las cuatro de la mañana.

Ebrios de alcohol y deseo, Gilberto y yo nos hundimos en un trozo de césped suave ubicado a una distancia considerable, lejos de la ventana alcahueta de mi padre.

Esa madrugada supe que Gilberto estaba a años luz de ser Dante: el anodino y silvestre güerito que no cumplió su promesa y prefirió morir antes de bailar conmigo.

A la mañana siguiente, tirada en mi cama en completo éxtasis, intenté recordar las verdaderas cualidades de aquel hombre que había idealizado por años y caí en cuenta que en realidad nunca le había conocido virtud más que ser un buen jugador de *volley*.

Dante era un perfecto extraño, pero deseaba poseerlo, al fin, a través del músico que había llegado la tarde anterior a mi casa.

Pude haber abortado la misión de enamorarme de un fantasma y dedicarle más tiempo a amar a Gilberto sin materializar al Dante perdido.

Por desgracia no pude desterrar ese recuerdo, y con el paso del tiempo comencé a desdeñar las virtudes de ese buen hombre que me tomó como esposa un año después del revolcón en el bar, pensando que era él quien movía los hilos de nuestra historia.

Años más tarde, cuando comprendí que casarse con el fantasma de Dante me había llevado a una especie de bancarrota emocional, dejé que Gilberto se fuera a buscar a una Beatriz devota y fiel.

Hasta entonces logré enterrar la figura platónica de aquel amor inconcluso.

Hoy su recuerdo no es más que un Virgilio imaginario y amoroso que me custodia en los infiernos por los que voy transitando. **u**